

CAPITULO XX.

Agudeza y serenidad de un ayudante.

Entretanto que Barradas permanecía en Altamira con la mitad de su columna, y alcanzaba D. Fulgencio Salas con la otra mitad un nuevo triunfo, arrojando á los mexicanos del Rancho del Chocoy despues de hacerles 82 muertos, multitud de heridos y 133 prisioneros que, como de costumbre, los dejó Barradas en libertad; mientras tranquilo con estas ventajas se dormia el jefe expedicionario á la sombra de sus laureles, Santa-Anna, aprovechando la ausencia del general español, se disponia á caer de sorpresa sobre la plaza de Tampico, defendida

por Salomon y la corta fuerza que habia quedado de guarnicion, la mayor parte enferma de calenturas.

Santa-Anna, aprovechando la oscuridad de la noche del 20, hizo pasar sus tropas en piraguas á la otra parte del rio, desembarcando á poco á las goteras de la plaza (en el Espartal.)

Nadie habia advertido en Tampico aquel movimiento.

El general mexicano, contento del sigilo con que se habia hecho el desembarco, dispuso tres columnas compuestas del tercer batallon de línea, de cuatro compañías de preferencia pertenecientes al 2º, 5º y 9º de línea; los escuadrones de Jalapa, Orizava y Veracruz, algunos cuerpos de cívicos, y unos cuarenta artilleros.

Al frente de una de ellas se puso el mismo Santa-Anna; el mando de la otra se la dió al coronel del 3º D. Antonio Mejía, que más tarde murió en Amozoc, víctima de la guerra civil, y la tercera la puso bajo las órdenes de un jefe de acreditado valor.

Dispuesta de esta manera la gente, y for-

mando tres columnas paralelas, penetraron los mexicanos, á la una de la madrugada, en la ciudad, sin que fueran sentidos de nadie.

La sorpresa iba á ser completa, cuando un tiro salido del fusil de uno de los cívi-
cos que se habian unido á la tropa, extendió la alarma por la ciudad.

Los españoles corrieron á sus puestos, y los que se hallaban enfermos, saltaron de sus camas y marcharon, arrastrándose, á las ventanas para disparar desde ellas sus fusiles sobre el primero que avanzase.

El infeliz D. Andrés, á quien la edad, las calenturas y las aficciones le tenian postrado, se levantó tambien de su lecho, y cogiendo el arma que apenas podia sostener en sus manos, se dirijió adonde se hallaban sus compañeros, mas bien por no echar sobre sí la fea nota de cobarde, que porque tuviese intencion de disparar sobre los mexicanos.

Salomon, despues de haber dado las órdenes mas oportunas para contener al enemigo, envió un ayudante á Barradas, avi-

sándole del peligro en que se encontraba la plaza.

Entre tanto el fuego se habia roto de una manera horrorosa.

De las ventanas de los edificios caia una lluvia de balas que causaba grandes bajas en las filas mexicanas. Sin embargo de esto, no se veia en ellas desmayar su bravura; y si cierto es que de muchas partes se vieron rechazadas, tambien lo es que se apoderaron de la casa del francés Mr. Tuger, á pesar de la resistencia heroica con que la defendieron los españoles.

En esta obstinada lucha se mantuvo un fuego tan vivo por una y otra parte, que causó á los expedicionarios algunos muertos y heridos, y sensibles pérdidas á los mexicanos, entre ellas la muerte de los tenientes coroneles Ortega y Jáuregui.

El frac que vestia Santa-Anna, estaba agujerado en el cuello y los faldones por tres balas de fusil.

Viendo el general mexicano la tenaz resistencia que se le oponia en la plaza, y queriendo rendir la guarnicion antes de que

llegasen en socorro de ella, como estaba persuadido sucederia, elevó una bandera blanca en señal de parlamento, aunque otros dicen que fué Salomon quien la presentó. Pero sea de esto lo que fuere, porque en nada ofende á los unos y á los otros, lo cierto es que en vista de ello se suspendieron los fuegos, y Santa-Anna intimó al coronel español se entregase con toda su fuerza.

Salomon, deseando tambien ganar tiempo para dar lugar á que llegase la columna de Altamira, contestó que escucharía las proposiciones, y á cosa de las dos de la tarde del dia 21, se avistaron ambos jefes para arreglar los términos en que debia hacerse la capitulacion.

En esto estaban cuando las tropas mexicanas tuvieron aviso de que llegaba Barradas. Entonces el coronel Castellon, ayudante de Santa-Anna, y hombre de agudo ingenio y de valor, penetró al sitio en que conferenciaban, diciendo con voz firme y ademan sereno:

—Mi general, acaban de llegar dos mil hombres mas.

—¡Dos mil!

Dijo Salomon alarmado con la noticia, creyendo que se referia á nuevos refuerzos enemigos.

—Dos mil.

Contestó Santa-Anna engañado como él, y acariciando la idea de dictar á su placer los artículos del convenio.

Y siguieron en el arreglo de la capitulacion.

Entonces el sagaz y sereno Castellon se colocó enfrente á su general, y cuando éste alzó la vista para mirarle, el otro le hizo una seña con el ojo para que se saliera inmediatamente.

Santa-Anna, hombre de claro entendimiento, comprendió lo que pasaba, y se levantó del asiento, pero sin revelar en su semblante nada que delatarle pudiese.

—Voy á ver al jefe de esos dos mil hombres, y volveré dentro de un instante para que acabemos de arreglar los términos de la capitulacion.

—Está muy bien.

Contestó Salomon.

Y Santa-Anna, aprovechando el error del jefe español, se disponia á reembarcarse con su gente, cuando se presentó Barradas con toda su division, impidiéndole el embarco.

Santa-Anna, viéndose perdido y amagado por las tropas de Salomon y las del general en jefe, con número inferior de gente y con pequeñas piraguas para embarcarla inmediatamente, conoció que toda resistencia seria inútil en posicion tan desventajosa, y se apersonó con Barradas, con el objeto de sacar las ventajas posibles para él y su division.

El general español, llevado de sus ideas de generosidad, laudables en algunas ocasiones, pero perjudiciales en otras, le contestó que no le consideraba como á contrario, sino como á amigo; que desde aquel momento estaba en libertad, lo mismo que su division, para dirigirse adonde lo creyera conveniente; pues su objeto no era otro que el de atraer á los pueblos por medios suaves, á la obediencia de su amado rey D. Fernando VII.

Santa-Anna que á las primeras palabras

de Barradas conoció que, cuanto tenia de valiente contaba de cándido, creyó conveniente tornarse en consejero; y despues de elogiar el valor de los soldados españoles, concluyó diciéndole: "Si permanecen vdes. mucho tiempo en el país, sin balas y solo con las enfermedades, se quedará vd. sin un soldado de su division; yo, en nombre de la humanidad, le aconsejo vuelva á embarcar su gente para la Habana, si quiere vd. librar de una muerte cierta á tantos bravos que sucumbirán sin gloria."

Barradas le dió las gracias por sus sentimientos humanitarios; y despues de manifestarle que su deber era cumplir con las órdenes de su soberano, le repitió que podía emprender su marcha con su division.

Santa-Anna se reembarcó entonces con su tropa en las piraguas, y cruzó tranquilo el rio, dirigiéndose á Pueblo Viejo, donde estaba su cuartel general.

Este acto generoso de Barradas, ha dado lugar á que algunos, sin conocimiento de los hechos, le hayan acusado de traidor, diciendo que se vendió al oro de Santa-Anna.

Nada mas injusto que esa acusacion. Barradas hizo con el personaje que nos ocupa, lo que mas conveniente creia para atraer á sus banderas á los mismos que le combatian. ¿No dejó antes de esto, libres al general D. Felipe de la Garza y á otros muchos jefes y oficiales hechos prisioneros en diferentes acciones? Barradas estaba en la firme creencia de que así se eaptaria la voluntad de los mexicanos, y no quiso separarse jamas del plan de conducta que se habia trazado al comenzar la campaña.

Por mas que yo critique su falta de prevision en haber elegido por punto de desembarco Cabo Rojo, cuando pudo ahorrar al soldado esas veintiuna leguas, llevándole embarcado hasta Tampico, es preciso que haga justicia á sus buenos sentimientos.

“Vencer al enemigo y ser generoso con él, es alcanzar dos victorias: desarmar su brazo y ganar su corazon.” Esta era su máxima.

¿Pero de qué les servia á los españoles estos triunfos, si no tenian ejército suficiente para continuar su marcha? Obligados á

permanecer en Tampico, no podian dar un paso fuera de la ciudad sin verse rodeados por todas partes de enemigos dispuestos siempre á combatir.

Escasos de víveres, acosados siempre por enjambres de mosquitos que son capaces por sí solos de acabar con la vida del hombre, sin camas y sin pabellones conque ponerse al abrigo de tanto insecto ponzoñoso, bajo las lluvias terribles del mes de Agosto, mortales para los europeos; cuando las fiebres y el vómito estaban en su mayor fuerza, los españoles llegaron á exasperarse, y se entregaron á los licores espirituosos que, unidos á otros mil padecimientos, convirtieron el campo expedicionario en un in-mundo hospital, en donde los que morian eran envidiados de los que aún tenian espíritu para sufrir.

Allí aquellos robustos y valientes jóvenes que un mes antes tan contentos se embarcaron en la Habana soñando gloria y honor, morian arrinconados en la mayor miseria, sin el placer siquiera de espirar en el combate. Aquellos hombres que tanta falta ha-

cian en su patria, sucumbian en el abandono mas lastimoso. ¡Horror causan los padecimientos que sufrieron los expedicionarios en esta campaña tan mal concebida; padecimientos que estremecen á la humanidad! ¡Novecientos era el número de soldados enfermos; siete sargentos y trece oficiales....

Si á esta enorme cifra, para un ejército que desembarcó con solos dos mil seiscientos hombres, se agregan los que habian sucumbido á las enfermedades y á las heridas recibidas en las acciones de armas, nos veremos obligados á confesar, que el ejército expedicionario se veia reducido á una quinta parte de la fuerza que habia salido de la Habana.

Y no se crea que en mi pintura hay exageracion ninguna: soy demasiado amante de la verdad para intentar nada que sea contrario al deber de historiador. No hay mas que leer lo que dice el entendido escritor mexicano Zavala, para formar una idea de las penalidades que acosaban á aquel puñado de soldados españoles. Hé aquí las

palabras con que se expresa el indicado historiador.

“La estacion, dice, era de las mas calurosas en aquellas costas, y por consiguiente, las tropas invasoras comenzaron desde el momento de su desembarque, á experimentar la funesta influencia del clima. Cada dia se aumentaba el número de enfermos; y el campo de batalla, antes de ningun ataque, se habia convertido en un vasto hospital.”

¿Qué mas pudiera decir un escritor español? Las palabras de este mexicano, que á nadie pueden ser sospechosas, prueban el heroísmo de aquel puñado de españoles que á pesar de sus enfermedades, mostraban en el combate un valor que llenó de admiracion á los extranjeros radicados en Tampico.

Pero dejemos á los sufridos expedicionarios sucumbiendo bajo la influencia del mortífero clima de la costa, y volvamos á Santa-Anna.

Este jefe en cuanto llegó á su cuartel general de Pueblo Viejo, trató de buscar los medios mas convenientes para hostilizar al

enemigo. Igual cosa hacia Terán por su parte, y ambos de acuerdo, situaron á pocos dias una batería de ocho piezas en el paso de Doña Cecilia, punto intermedio entre el fortin de la Barra y Tampico, cortando así toda comunicacion entre la plaza y el reducto.

Desde este momento los españoles, impotentes por su corto número para emprender nuevos ataques que hubieran sido estériles como los triunfos anteriores, é impossibilitados de poder retirarse á la Habana por haber cometido Barradas la torpeza de despedir su esquadra al empezar la campaña, se vieron precisados á ponerse á la defensiva.

Informado Santa-Anna de que los hospitales estaban llenos de enfermos, y convencido de que á Barradas no le quedaba otro recurso que rendirse, le envió la siguiente intimacion.

“El territorio sagrado de la opulenta México, ha sido invadido por V. S. tan solo por el ominoso y bárbaro derecho de la fuerza: la sangre del mexicano virtuoso é

“inocente, que defendia sus pátrios lares, “ha sido derramada por las huestes de un “rey que desconoce el derecho sacrosanto “de los pueblos, que sumergiera en época “mas triste á su dominacion tiránica; y en “fin, V. S., obedeciendo al poder absoluto “de su dueño, ha puesto en conflagracion “y alarma, con un puñado de aventureros, “á ocho millones de habitantes, á ocho millones de libres que han jurado morir mil “veces antes de ser esclavos, ni sujetarse á “poder alguno extraño; y yo, señor general, “he tenido el alto honor de que mi gobierno “no me haya puesto al frente de numerosas legiones de valientes, para vengar en “un solo dia tantos ultrajes, haciendo víctimas á los que osados cometieron tan injusta agresion.

“Cumpliendo con tan caros como precisos deberes, he bloqueado por todas partes á V. S., le he cortado todo auxilio, he puesto á cubierto las costas de una nueva tentativa, y apenas puedo contener el ardor de mis numerosas divisiones, que se arrojarán sobre su campo sin dar cuartel

"á ninguno, si V. S., para evitar tan eviden-
 "te desgracia, no se rinde á discrecion con
 "la fuerza que tiene en esa ciudad de Tam-
 "pico de Tamaulipas á sus inmediatas ór-
 "denes, y de los pocos que guardan el for-
 "tin de la Barra, pertenecientes á su divi-
 "sion, para cuya resolucion le doy el pe-
 "rentorio término de cuarenta y ocho horas;
 "el cual pasado, acometeré á V. S. sin ad-
 "mitir mas parlamentos, ni medio alguno
 "que retarde la justa venganza que reclama
 "el honor mexicano, de los ultrajes que le
 "han inferido sus invasores.

"Dios y libertad. Cuartel general en
 "Pueblo Viejo, Setiembre 8 de 1829, á las
 "ocho de la mañana.—*Antonio López de*
 "*Santa-Anna*.—Sr. Brigadier Don Isidro
 "Barradas.

"Es copia.—*José Antonio Mejía*, secre-
 "tario."

Casi al mismo tiempo que el general me-
 xicano dictaba la intimacion que precede,
 Barradas le enviaba á su vez la siguiente
 nota, que la recibió Santa-Anna, despues
 de dirijido su oficio.

"La division de mi mando, despues de
 "haber cumplido con honor la mision á que
 "fué destinada de órden del rey mi amo, y
 "deseoso por mi parte de que no se derra-
 "me mas sangre entre hermanos, por cuyas
 "venas circula una misma, ha determinado
 "evacuar el país, á cuyo efecto propongo
 "que entre V. S. y yo se celebre un tratado
 "sobre el particular, bajo las bases que se
 "detallarán, nombrándose dos comisionados
 "por cada parte contratante, para que se
 "extienda y ratifique en la forma de estilo,
 "suspendiéndose entre tanto todo género de
 "hostilidades, y dejándose franca la comu-
 "nicacion de este punto con la Barra. El
 "portador de este oficio, es el capitán D.
 "Mauricio Casteló.

"Dios guarde á V. S. muchos años. Cuar-
 "tel general de Tampico de Tamaulipas, 8
 "de Setiembre de 1829.—*Isidro Barradas*.
 "—Sr. general D. Antonio López de Santa-
 "Anna.

"Es copia.—*José Desiderio Aljovin*, secre-
 "tario."

Contestacion de Santa-Anna á Barradas.

“Cuando remitia á vd. mi oficio en que
 “le intimaba se rindiese á discrecion, res-
 “pecto á que le tengo por todas partes blo-
 “queado, para en su vez atacarlo con mis
 “divisiones, sedientas de lidiar con los que
 “han osado invadir el territorio sagrado de
 “la República, es entonces cuando llegó á
 “mis manos su nota oficial de hoy, que me
 “fué entregada por el capitan D. Mauricio
 “Casteló, y podria tal vez dudar en la ad-
 “mision de lo que me propone, si no fuera
 “por las últimas terminantes órdenes que de
 “mi gobierno he recibido, las cuales no per-
 “miten otra alternativa que destruir á V. S.
 “completamente por la fuerza de mis ar-
 “mas, hasta no dejar un solo individuo, ú
 “obligarle á que ceda bajo un término pe-
 “rentorio, entregándose á discrecion á la
 “generosidad mexicana, que no puede V. S.
 “de modo alguno dudar se comportará cual
 “siempre lo ha hecho con el soldado iner-
 “me y el enemigo rendido. En tal virtud,

“pues, le adjunto el pliego á que me refie-
 “ro, y cuyo contenido le ratifico; esperando
 “que V. S., calculando lo crítico de su si-
 “tuacion, ceda al imperio de las circuns-
 “tancias en que se mira, eximiéndome de
 “un derramamiento de sangre, que será tan
 “preciso como sensible.

“Entre tanto, he ordenado á las divisiones
 “que circundan á V. S., suspendan las hos-
 “tilidades por el término que dejo prefijado.

“Dios y libertad. Cuartel general en Pue-
 “blo Viejo, Setiembre 8 de 1829, á las once
 “del dia.—*Antonio López de Santa-Anna.*—
 “Sr. brigadier D. Isidro Barradas.

“Es copia.—*José Antonio Mejía*, secre-
 “tario.”

Barradas á Santa-Anna.

“No es la impotencia ni la debilidad la
 “que me ha sugerido á abrir negociaciones
 “para evacuar el país: razones de Estado,
 “y el evitar un derramamiento inútil de
 “sangre, es lo que me movió á dar el paso
 “que motiva la contestacion de V. S.

“No he podido menos de extrañar que

“V. S. trate de aventureros y esclavos, á
 “soldados que en tantas batallas y comba-
 “tes han acreditado que prefieren el honor
 “sobre todo. Soldados del rey, y de una na-
 “cion tan ilustre y respetada en los anales
 “de la historia, conservamos aquel pundo-
 “nor militar que no sabe transigir con el
 “oprobio y la ignominia.

“La division de mi mando, al partir para
 “este país, ha obedecido las órdenes de su
 “rey, porque era y es un deber hacerlo así.
 “V. S., su gobierno y los pueblos por donde
 “ha transitado, no pueden quejarse con jus-
 “ticia de que haya cometido la mas leve
 “estorsion, porque ha respetado las vidas
 “y las propiedades de sus habitantes.

“En vista de esto, V. S. es árbitro de ele-
 “gir, ó una transaccion con honor, ó los efec-
 “tos de que es capaz una division de va-
 “lientes que dista mucho de llegar al esta-
 “do que V. S. la supone, y que prefiere
 “sobre todo sus virtudes militares.

“El portador de este pliego es el coronel
 “D. José Miguel Salomon, por cuyo con-
 “ducto aguardo la resolucion de V. S.

“Dios guarde á V. S. muchos años. Cuar-
 “tel general de Tampico de Tamaulipas, 9
 “de Setiembre de 1829.—*Isidro Barradas.*
 “—Sr. general D. Antonio López de Santa-
 “Anna.

“Es copia.—*José Desiderio Aljovin, secre-*
 “tario.”

Respuesta del general Santa-Anna.

“No la nota de V. S. que recibí la mañana
 “de ayer, ni el creerlo débil ni impotente,
 “motivó la intimacion que le hice antes de
 “que llegara á mis manos su corresponden-
 “cia, sino el considerarme con fuerzas mas
 “que suficientes para rendirles en sus atrin-
 “cheramientos, y hacerles sufrir la muerte
 “que debe esperar el enemigo que se arro-
 “ja á profanar el suelo sagrado de una na-
 “cion culta, valiente y zelosa de sus dere-
 “chos civiles é independenciam política, ni
 “este lenguaje puede serle nuevo á V. S.
 “cuando tal vez de mi labio escuchará el
 “señor coronel Salomon en esa posicion
 “misma que ocupa V. S., el que muy en

“breve habria sobre sus fuerzas 20,000 me-
 “xicanos que impidieran el reembarque de
 “uno solo de los que osaron insultarnos al
 “acometer nuestros pueblos inermes, sojuz-
 “gándolos por el derecho bárbaro de la
 “fuerza; así es que, sin descender á porme-
 “nores de que no es ocasion oportuna para
 “ocuparnos, solo le manifestaré, que ejér-
 “citos aguerridos de las naciones mas civi-
 “lizadas y bizarras, han tenido que ceder
 “á la imperiosa necesidad de las superio-
 “res fuerzas y ventajas del contrario.

“Yo, pues, me hallo respecto de V. S.,
 “con bastantes ventajas y superioridad, y
 “de ellas prevalido, le intimo nuevamente
 “escoja entre rendirse á la generosidad de
 “los mexicanos, á fin de que volvieran otra
 “vez á su patria natal escos desgraciados que
 “comanda, ó resignarse V. S. á una eviden-
 “te catástrofe, que experimentará dentro de
 “pocas horas esa division, á pesar mio; pero
 “que mis deberes mas precisos me harán
 “ejecutar.

“En tal concepto, reitero, pues, á V. S.,
 “el contenido de mi nota oficial de ayer,

“recordándole que mañana á las ocho de
 “ella se concluye el armisticio en que he-
 “mos convenido, no habiendo tratado nada
 “sobre el particular con el Sr. coronel Sa-
 “lomon, respecto á su ninguna mision para
 “este asunto, segun la nota citada de V. S.
 “de hoy, á que contesto.

“Dios y libertad. Cuartel general en Pue-
 “blo Viejo, Setiembre 9 de 1829.—*Antonio*
López de Santa-Anna.—Sr. brigadier D.
 “Isidro Barradas.

“Es cópia.—*José Antonio Mejía*, secre-
 “tario.”

Contestacion del general español.

“Segun manifiesta V. S. en su nota de
 “ayer, es evidente que la imperiosa necesi-
 “dad ha obligado muchas veces á ejércitos
 “numerosos y aguerridos á rendirse al con-
 “trario, pero tambien es constante, por los
 “hechos de la historia, que siempre lo hi-
 “cieron precediendo una capitulacion mas
 “ó menos honrosa que pusiera á cubierto
 “las vidas y propiedades, y honor de los

"vencidos. Las capitulaciones de Dupont
 "en los campos de Bailen, y la de Junot en
 "Portugal, son los testimonios mas recien-
 "tes. El capitán mas ilustre del siglo se en-
 "tregó en los brazos y bajo la buena fé de
 "su mas poderoso y constante enemigo, y
 "por no haber precedido un tratado que lo
 "garantizase, fué aherrojado á una isla mor-
 "tífera que concluyó con su existencia. Fun-
 "dado en estos antecedentes y en las expli-
 "caciones verbales que se hicieron por V.
 "S., y la junta de señores oficiales y jefes
 "al coronel D. José Miguel Salomon, de
 "garantir bajo su palabra de honor estas
 "tres bases principales en que se fundan
 "todas las capitulaciones, vuelve el mismo
 "coronel Salomon, acompañado del coman-
 "dante D. Fulgencio Salas, jefe de la plana
 "mayor, autorizados competentemente pa-
 "ra que conferencien, arreglen y concluyan
 "con V. S. ó con las personas que se sirva
 "designar, un convenio bajo las bases de
 "asegurar y respetar las vidas y propieda-
 "des, y honor militar de la division de mi
 "mando, sin cuyas garantías V. S. puede

"conocer tan bien como yo, que esta no
 "puede presentarse á rendir sus armas á
 "discrecion.

"Dios guarde á V. S. muchos años. Cuar-
 "tel general de Tampico de Tamaulipas,
 "10 de Setiembre de 1829.—*Isidro Barra-*
das.—Sr. Don Antonio López de Santa-
 "Anna, general en jefe de las tropas mexi-
 "canas.

"Es copia.—*José Desiderio Aljovin, secre-*
 "tario."

Santa-Anna esperó á los comisionados de
 Barradas, para dar principio al convenio.

Pero en tanto que aquellos llegan y éste
 se discute por los interesados de una y otra
 parte, ocupémonos de algunos personajes
 de nuestra historia.